

blemente lo que pasa en su corazón ; y ¡ cuántas veces esas ofensas le quitan el sueño o se le representan con el primer pensamiento al despertarse ! ¡ Ay, H. M. ! ¡ cuán poca cosa somos y en cuán poco hemos de tener todos nuestros más bellos propósitos !

Ya veis, pues, cómo nada hay tan necesario como la tentación para mantenernos en la conciencia de nuestra pequeñez, e impedir que nos domine el orgullo. Escuchad lo que nos dice San Felipe Neri, cuando, al considerar nuestra extrema debilidad y el peligro en que nos hallamos de perdernos a cada momento, se dirigía al Señor, derramando lágrimas y diciéndole : « Dios mío, sostenedme con mano firme, ya sabéis que soy un traidor, ya conocéis cuán malo soy : si me abandonáis un solo momento, temo hacer os traición ».

Mas, pensaréis tal vez, ¿ quiénes son los más tentados ? ¿ no son los borrachos, los maldicientes, los impúdicos, que se abandonan desenfrenadamente a sus obscenidades, un avaro, que no repara en medios para enriquecerse ? No, H. M., no, no son éstos ; al contrario, el demonio los desprecia, o bien los aguanta por temor de que dure poco tiempo su maldad, ya que cuanto más vivirán, tanto mayor número de almas arrastrarán al infierno con sus malos ejemplos. En efecto, si el demonio hubiese apretado a ese viejo impúdico, hasta el punto de abreviar sus días en quince o veinte años, no habría podido robar la flor de la virginidad a aquella joven que él sepultó en el más infame cenagal de la impureza, no habría tampoco seducido a aquella mujer, o no habría enseñado la maldad a ese joven, que tal vez continuará en su iniquidad hasta la muerte. Si el demonio hubiese llevado a ese ladrón a robar a todo trance, seguramente que al poco tiempo habría subido al patíbulo, y ahora no induciría a su vecino a obrar como él. Si el demonio hubiese inducido a ese borracho a beber vino sin cesar, haría ya mucho tiempo que

hubiera perecido en la crápula ; mientras que, alargando sus días, aumentó el número de sus imitadores. Si el demonio hubiese quitado la vida a ese músico, a ese danzante, a ese tabernero, en una riña o en cualquiera otra ocasión, ¡ cuántos serían los que, sin el concurso de esa gente, habríanse librado de la condenación ! San Agustín nos enseña que el demonio no atormenta mucho a esa clase de personas ; al contrario, las desprecia y escupe sobre ellas.

Pero, me diréis, ¿ quiénes son pues, los más tentados ? Amigos míos, vedlo aquí, atended bien. Son los que están prestos, con la gracia de Dios, a sacrificarlo todo para la salvación de su pobre alma ; que renuncian a todo lo que en el mundo se desea con tanto afán. No es un demonio solo quien los tienta, sino que a millones caen sobre ellos para hacerlos dar en sus lazos : ahí tenéis de ello un magnífico ejemplo. Cuéntase en la historia que San Francisco de Asís estaba reunido con sus religiosos en un gran campo donde habían construído unas casitas de junco. Viendo San Francisco que hacían tan extraordinarias penitencias, ordenóles que trajeran todos sus instrumentos de mortificación ; recogióronse montones grandes como pajares. Había allí en dicha ocasión un joven a quien Dios concedió se le hiciese visible su ángel de la guarda : por un lado veía a aquellos buenos religiosos que no podían saciarse en su afán de penitencias ; por otro lado, su ángel de la guarda hízole ver una reunión de diez y ocho mil demonios, que estaban deliberando acerca de cómo podrían vencer a aquellos religiosos con tentaciones. Hubo uno de ellos que dijo : « Vosotros no lo comprendéis, esos religiosos son tan humildes, ¡ ah ! ¡ hermosa virtud ! tan desprendidos de sí mismos, tan unidos a Dios ; tienen un superior que los guía tan bien, que resulta imposible poderlos vencer ; esperemos a que muerá el superior y entonces procuraremos la entrada de

jóvenes sin vocación que introducirán el relajamiento, y por este medio serán nuestros». Un poco más lejos, al entrar en la ciudad, vió a un demonio solo, sentado sobre las puertas de la misma para tentar a los que estaban dentro. Aquel santo preguntó a su ángel de la guarda: ¿por qué motivo, para tentar a los religiosos, había tantos millares de demonios, mientras que para una ciudad entera había tan sólo uno y aun estaba sentado? Contestóle el ángel bueno que las gentes del mundo no necesitaban ser tentadas, pues ya se portaban mal por su propia iniciativa e impulso; mientras que los religiosos obraban el bien a pesar de todos los lazos y de los combates a que el demonio los provocase (1).

¿Sabéis cuál es, H. M., la primera tentación que el demonio presenta a una persona que ha comenzado a servir mejor a Dios? es el respeto humano. No se atreve a mostrarse en público, ocúltase de las personas con las cuales en otro tiempo había compartido sus placeres; si se le hace notar que ha cambiado mucho, ¡se avergüenza! El *qué dirán* está siempre fijo en su mente, de tal manera que no tiene valor de obrar el bien delante del mundo. Si el demonio no puede ganarla mediante el respeto humano, entonces le hace concebir un extraordinario temor: que sus confesiones no fueron bien hechas, que su confesor no la comprende; que, por más que haga, será irremisiblemente condenada; que tanto da dejarlo todo como continuar, puesto que las ocasiones son muchas. ¿Por qué será, H. M., que cuando una persona no piensa en salvar su alma, cuando vive en pecado, no es tentada en nada; mas, en cuanto se propone cambiar de vida, es decir cuando desea entregarse a Dios, todo el infierno se precipita

(1) En la *Vida de los Padres del desierto* hállase una historia semejante a la que antecede. ¿Será tal vez la misma que refiere San Juan P. Vianney variando algunos detalles?

sobre ella? Escuchad lo que va a deciros San Agustín : «Ved, nos dice, de qué manera se porta el demonio para con los pecadores : hace como un carcelero que tiene varios presos encerrados en su prisión ; guardando la llave en el bolsillo, los deja muy libres, seguro de que no se le escapan. Esta es su manera de obrar para con un pecador que no piensa en salir del pecado : no se molesta en tentarle ; lo consideraría tiempo perdido, ya que no solamente no piensa en dejarlo, sino que refuerza cada día más las cadenas que le atan : sería pues inútil tentarle ; déjale vivir en paz, si en alguna manera es compatible la paz con el pecado. Ocúltale, todo lo posible, el estado en que se halla, hasta la hora de la muerte, en que procura presentarle la pintura más espantosa de su vida, para sumirle en la desesperación. Mas, en cuanto una persona ha resuelto cambiar de vida para entregarse a Dios, entonces ya es otra cosa». Mientras San Agustín vivió en el desorden, ni se dió cuenta de lo que era ser tentado. Nos cuenta él mismo que se creía en paz ; pero desde el momento en que quiso volver la espalda al demonio, fué preciso luchar con el maligno espíritu hasta rendirse de fatiga : lo cual duró nada menos que cinco años ; derramó lágrimas las más amargas, practicó las más austeras penitencias. «Batíame con él, dice, en medio de las ligaduras que me sujetaban. Hoy reputábame victorioso, y mañana estaba otra vez rendido. Aquella guerra cruel y porfiada duró cinco años. Sin embargo — nos dice — hízome Dios la gracia de que saliese vencedor de mi enemigo» (1). Ved aún las luchas que hubo de sostener San Jerónimo cuando quiso entregarse a Dios, determinando visitar la Tierra Santa. Estando en Roma, concibió un nuevo deseo de trabajar por su salvación. Al dejar la ciudad de Roma, fué a sepultarse en un

(1) Véanse las *Confesiones* del Santo Doctor.

espantoso desierto, para entregarse a todo lo que su amor a Dios le inspirase. Entonces el demonio, previendo que su conversión sería la causa de muchas otras, parecía reventar de desesperación. No hubo género de tentación a que no le sometiese. No creo haya habido otro Santo más tentado que él. Oíd en qué términos escribía a uno de sus amigos (1): «Mi caro amigo, voy a comunicarte cuál es mi aflicción y el estado a que el demonio quiere reducirme. ¡Cuántas veces, en esta vasta soledad que los ardores del sol hacen insoportable, cuántas veces han venido a asaltarme los placeres de Roma! el dolor y la amargura de que está llena mi alma, hácenme derramar, noche y día, torrentes de lágrimas. Voy a ocultarme en los lugares más reservados para combatir mis tentaciones y llorar mis pecados. Mi cuerpo está totalmente desfigurado y cubierto de un áspero cilicio. No tengo otra cama que la tierra desnuda, ni otros alimentos que raíces crudas y agua, hasta cuando estoy enfermo. A pesar de tales rigores, mi cuerpo *acaricia aún el pensamiento* de los placeres infames de que Roma está infectada; mi espíritu se halla todavía en medio de aquellas bellas compañías donde tanto ofendí a Dios. Y, sin embargo, en este desierto al cual yo me he condenado para evitar el infierno, entre estas grutas sombrías donde sólo me acompañan escorpiones y bestias feroces, a pesar de todos los horrores de que estoy rodeado y atemorizado, mi espíritu abrasa en impuro fuego a mi cuerpo, muerto ya antes que yo; aun el demonio se atreve a ofrecerle placeres para deleitarse. Viéndome tan humillado por tentaciones cuyo solo pensamiento me hace morir de horror, no acertando a hallar otros rigores que ejercer contra mi cuerpo a fin de mantenerlo sumiso a Dios, me arrojo en tierra a los pies del cruci-

ξ
(1) *Epist.* 22.^a ad Eustochium.

fijo, regándolo con mis lágrimas, y cuando ellas me faltan, tomo un guijarro y con él golpeo mi pecho hasta que la sangre sale por la boca, clamando misericordia hasta que el Señor tenga piedad de mí. ¿Quién podrá comprender cuán miserable sea mi estado, deseando yo tan ardientemente agradar a Dios y servirle a El sólo? ¡Qué dolor para mí, al verme continuamente inclinado a ofenderle! Ayúdame, amigo querido, con el auxilio de tus oraciones, a fin de que sea yo más fuerte para rechazar al demonio, que ha jurado mi eterna perdición.»

Ya veis, H. M., a qué luchas permite Dios queden expuestos sus grandes santos. ¡Ay, H. M. ! ¡ cuán dignos seremos de compasión, si no nos vemos fuertemente atacados por el demonio ! Entonces, según todas las apariencias, somos los amigos del maligno espíritu : él nos deja vivir en una falsa paz, nos adormece bajo el pretexto de que hicimos ya algunas oraciones, algunas limosnas, de que hemos cometido muchos menos pecados que otros. Según tal modo de discurrir o ver las cosas, H. M., si preguntáis a ese *parroquiano* de la taberna si el demonio le tienta, os responderá sencillamente que no, que nada le inquieta. Interrogad a esa joven vanidosa cuáles son sus luchas, y os contestará riendo que no sostiene ninguna, ignorando totalmente en qué consiste ser tentado. Esta es, H. M., la tentación más espantosa de todas : no ser tentado ; este es el estado de aquellos que el demonio guarda para el infierno. Me atreveré a deciros que se guarda bien de tentarlos ni atormentarlos acerca de su vida pasada, temiendo no abran los ojos ante sus pecados.

Repito, pues, H. M., que el peor mal para todo cristiano, es el no ser tentado, ya que da lugar a creer que el demonio le considera ya cosa suya, y aguarda sólo la hora de la muerte para arrastrarle al infierno. Lo cual es muy verosímil. Observad a un cristiano que

mire algo por la salvación de su alma : todo cuanto le rodea le incita al mal ; a pesar de todas sus oraciones y penitencias, muchas veces apenas puede levantar sus ojos sin ser tentado ; y en cambio, un empedernido pecador, quien tal vez se habrá arrastrado o revolcado por espacio de veinte años o más en el lodazal de sus torpezas, dirá que no es tentado. ¡ Tanto peor, amigo mío, tanto peor ! Esto es precisamente lo que debe hacerle temblar, pues ello indica que no conoces las tentaciones ; decir que no eres tentado, es como afirmar que no existe el demonio, o bien que ha perdido toda su rabia contra los cristianos. « Si no experimentáis tentación alguna, dice San Gregorio, es porque los demonios son vuestros amigos, vuestros pastores y vuestros guías ; mientras os dejan pasar con tranquilidad vuestra pobre vida, al fin de vuestros días os arrastrarán a los abismos. » San Agustín nos dice que la mayor tentación es no sufrir tentación, puesto que ello equivale a ser reprobado, abandonado de Dios y entregado al desorden de las pasiones.

II. — Hemos dicho, en segundo lugar, que la tentación nos es absolutamente necesaria para sostenernos en la humildad y en la desconfianza de nosotros mismos, así como para obligarnos a recurrir al Señor. Leemos en la historia que, viéndose un solitario muy fuertemente tentado, oyó a su superior que le decía : « ¿ Quieres, amigo mío, que pida a Dios te libre de tus tentaciones ? — No, padre mío, contestó el solitario, puesto que ello contribuye a que nunca me aparte de la presencia de Dios, toda vez que tengo continua necesidad de acudir a El para que me ayude a luchar. » Aunque sea cosa muy humillante el ser tentado, sin embargo podemos decir, H. M., que ello es el signo más seguro de que andamos por el camino de salvación. A nosotros no nos queda más que luchar con va-

lentía, puesto que la tentación es tiempo de siega. Ved de ello un claro ejemplo. Leemos en la historia que una santa, de tal modo se veía atormentada por el demonio, que llegó a creerse reprobada. Apareciósele el Señor para consolarla y la dijo que había logrado mayor ganancia espiritual durante aquella prueba que no durante las demás épocas de su vida. San Agustín nos dice que, sin las tentaciones, todo cuanto hacemos nos serviría de escaso mérito; lejos, pues, de inquietarnos en nuestras tentaciones, hemos de dar gracias a Dios y combatir con valor, ya que tenemos la seguridad de salir siempre vencedores, y de que Nuestro Señor nunca permitirá al demonio tentarnos más allá de nuestras fuerzas.

Y es, además, muy cierto, H. M., que no debemos esperar que cesen las tentaciones sino con nuestra muerte; siendo el demonio un espíritu, nunca se cansa: después de habernos tentado durante cien mil años, quedará con los mismos bríos del primer día. No debemos forjarnos la ilusión de que lograremos vencer al demonio o huir de él, para dejar de ser tentados; pues el gran Orígenes nos dice que los demonios son tan numerosos, que exceden a los átomos que revolotean en el aire, y a las gotas de agua que contenidas en los mares, con lo cual viene a significarnos que su número es infinito. Nos dice también San Pedro: «Vigilad constantemente, pues el demonio está rondando cerca de vosotros como león rugiente, que busca a quién devorará» (1). Y el mismo Jesucristo nos dice: «Orad sin cesar, para que no caigáis en la tentación» (2); es decir, que el demonio nos acecha en todas partes. De manera que precisa contar con que, en cualquier parte

(1) Vigilate: quia adversarius vester diabolus tamquam leo rugiens circuit, quaerens quem devoret (I Petr., V, 8).

(2) Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem (Matth., XXVI, 41).

o en cualquier estado que nos hallemos, nos acompañará la tentación. Ved a aquel santo varón totalmente cubierto de llagas, o mejor, ya podrido; el demonio no deja de tentarle por espacio de siete años; a Santa María Egipciaca, la tienta por espacio de nueve años; a San Pablo, durante toda su vida, es decir, desde el momento en que comenzó a entregarse a Dios. Nos dice San Agustín, para consolarnos, que el demonio es un gran perro encadenado, que acosa, que mete mucho ruido, pero que solamente muerde a los que se le acercan demasiado. Un santo sacerdote se encontró con un joven que se hallaba muy inquieto; y le preguntó por qué se preocupaba tanto. ¡Ay! padre mío, le contestó, es que temo ser tentado y caer. Si te sientes tentado, le dijo el sacerdote, haz la señal de la cruz, y eleva el corazón a Dios; si el demonio continúa, continúa tú también, y ten por seguro que no mancillarás tu alma. Mirad lo que hizo San Macario, un día que, al volver de procurarse material para hacer unas esteras, encontró por el camino a un demonio que le perseguía con una guadaña de fuego en la mano para matarle y destrozarle. San Macario, sin atemorizarse, elevó su corazón a Dios. El demonio huyó furioso exclamando: «¡Ah! Macario, ¡cuánto me haces sufrir al defenderte para que no te maltrate! Sin embargo, todo cuanto haces, lo hago yo también. Si tú velas, yo no duermo; si tú ayunas, yo no como nunca; solamente hay una cosa que tú tienes y yo no. Preguntóle el Santo qué cosa era aquélla; y le contestó: «Es la humildad»; y al punto desapareció. Sí, H. M., la humildad es una virtud formidable para el demonio. También vemos que San Antonio, al ser tentado, no hacía más que humillarse profundamente, diciendo a Dios: «Dios mío, tened piedad de este gran pecador»; al momento el demonio emprendía la fuga.

III. — Hemos dicho, en tercer lugar, que el demonio se precipita contra aquellos que más fuertemente han tomado a pechos su salvación, y los persigue continuamente y con toda energía, siempre con la esperanza de vencerles: ved de ello un ejemplo. Refiérese que un joven solitario había, ya desde muchos años, abandonado el mundo para no pensar más que en la salvación de su alma. Tornóse por ello tan furioso el demonio, que al pobre joven le pareció que todo el infierno se le arrojaba encima. Nos dice Casiano, que es quien refiere este ejemplo, que a este solitario, viéndose importunado por tentaciones de impureza, después de muchas lágrimas y penitencias, se le acudió salir al encuentro de otro solitario, anciano, para consolarse, confiando en que le proporcionaría remedios para vencer mejor a su enemigo, y proponiéndose a la vez encomendarse en sus oraciones. Mas acaeció cosa muy distinta: aquel viejo, que había pasado su vida casi sin lucha interior, lejos de consolar al joven, manifestó una gran sorpresa al oír la narración de sus tentaciones, le reprendió con aspereza, dirigióle palabras duras, llamándole infame, desgraciado, diciéndole que era indigno de llevar el nombre de solitario, toda vez que le sucedían semejantes cosas. El pobre joven se marchó muy desanimado, teniéndose ya por perdido y condenado, y abandonándose a la desesperación. Decíase a sí mismo: «Puesto que estoy condenado, ya no tengo necesidad de resistir ni luchar; preciso me es abandonarme a todo lo que quiera el demonio; sin embargo, Dios sabe que he dejado el mundo solamente para amarle y salvar mi alma. ¿Por qué, Dios mío — decía él en su desesperación — me habéis dado tan escasas fuerzas? Vos sabéis que yo quiero amaros, puesto que tengo tanto temor y pena de desagradaros; y, con todo, ¡no me dais la fuerza necesaria y me dejáis caer! Ya que todo está

perdido para mí, ya que no tengo los medios de salvarme, me vuelvo otra vez al mundo».

Como, en su desesperación, se dispusiese ya a abandonar su soledad, Dios hizo conocer el estado de su alma a un santo abad que moraba en el mismo desierto, llamado Apolonio, el cual tenía gran fama de santidad. Este solitario salió al encuentro del joven; al verle tan conturbado, acercóse a él y le preguntó con gran dulzura qué le acontecía, y cuál era la causa de su aturdimiento y de la tristeza que su aspecto revelaba. Mas el pobre joven estaba tan profundamente abismado en sus pensamientos, que no le respondió palabra. El santo abad, que veía claramente el desorden de su alma, le instó tanto a decirle qué cosa era lo que así le agitaba, por qué motivo salía de la soledad, y cuál era el objeto que se proponía en su marcha, que, viendo cómo su estado era adivinado por el santo abad, a pesar de que él lo ocultaba con gran cuidado, aquel joven, derramando lágrimas en abundancia y deshaciéndose en conmovedores sollozos, habló así: «Vuélvome al mundo, porque estoy condenado; ya no tengo esperanza alguna de poderme salvar. Fuí a aconsejarme con un anciano que quedó muy escandalizado de mi vida. Puesto que soy tan desgraciado y no puedo agradar a Dios, he resuelto abandonar mi soledad para reintegrarme al mundo, donde voy a entregarme a cuanto quiera el demonio. No obstante, he derramado muchas lágrimas, para no ofender a Dios; yo bien quería salvarme, y tenía a gran gusto hacer penitencia; mas no me siento con fuerzas bastantes, y no voy ya más allá». Al oírle hablar y llorar así, el santo abad, mezclando sus lágrimas con las del joven, le dijo: «¡Ah! amigo mío, ¿no acertáis a ver que, lejos de haber sido tentado de tal manera porque ofendisteis a Dios, es precisamente porque le sois muy agradable? Consolaos, amigo querido, y re-

cobrad vuestro valor ; el demonio os creía vencido, mas, por el contrario, vos le venceréis ; a lo menos hasta mañana regresad a vuestra celda. No os desaniméis, amigo mío ; yo mismo experimento cada día tentaciones como las vuestras. No hemos de contar exclusivamente con nuestras fuerzas, sino con la misericordia de Dios ; voy ayudaros en la lucha orando también con vos. ¡ Oh, amigo mío ! Dios es tan bueno que no puede abandonarnos al furor de nuestros enemigos sin darnos las fuerzas suficientes para vencer ; es El, querido amigo, quien me envía para consolaros y anunciaros que no os perderéis : seréis libertado». Aquel pobre joven, ya del todo consolado, regresó a su soledad, y arrojándose en brazos de la divina misericordia, exclamó : « Creía, oh Dios mío, que os habíais retirado de mí para siempre ».

Mientras tanto, Apolonio se fué junto a la celda de aquel anciano que tan mal recibiera al pobre joven, y postrándose con la faz en tierra, dijo : « Señor, Dios mío, Vos conocéis nuestras debilidades : librad, si os place, a aquel joven de las tentaciones que le desaniman ; ¡ ya veis las lágrimas que ha derramado a causa de la pena que experimentaba por haberos ofendido ! Haced que sufra la misma tentación este anciano, a fin de que aprenda a tener compasión de aquellos a quienes Vos permitís que sean tentados ». Apenas hubo acabado su oración cuando vió al demonio en figura de un asqueroso negrito, lanzando una flecha de fuego impuro a la celda del anciano, quien, no bien hubo sentido toda la fuerza del golpe, cuando fué presa de una espantosa agitación, la cual no le daba lugar a descanso. Levantábase, salía, volvía a entrar. Después de pasado un tiempo en tales angustias, pensando al fin que jamás podría combatir con ventaja, imitando al joven solitario, tomó la resolución de abandonarse al mundo, puesto que no podía resistir ya más al demonio ; des-

pidiése de su celda y partió. El santo abad, que le observaba sin que el otro se diese cuenta (Nuestro Señor le hizo conocer que la tentación del joven había pasado al viejo), acercósele y preguntóle dónde iba y de dónde venía con una tal agitación que le hacía olvidar la gravedad propia de sus años; insinuóle que sin duda sentiría alguna inquietud tocante a la salvación de su alma. El anciano vió muy bien que Dios hacía conocer al abad lo que pasaba en su interior. «Volveos, amigo mío, le dijo el santo, tened presente que esta tentación os ha venido en vuestra vejez a fin de que aprendáis a compadeceros de vuestros hermanos tentados, y a consolarlos en sus dolencias espirituales. Habíais desanimado a aquel pobre joven que vino a comunicar sus penas; en vez de consolarle, ibais a sumirle en la desesperación; sin una gracia extraordinaria, estaría irremisiblemente perdido. Sabed, padre mío, que el demonio había declarado una guerra tan porfiada y cruel al pobre joven, porque adivinaba en él grandes disposiciones para la virtud, lo que le inspiraba un gran sentimiento de celos y de envidia, a más de que una tan firme virtud solamente podía ser vencida mediante una tentación tan firme y violenta. Aprended a tener compasión de los demás, a darles la mano para impedir que caigan. Sabed que si el demonio os ha dejado tranquilo, a pesar de tantos años de retiro, es porque veía en vos poca cosa buena: en lugar de tentaros, os desprecia.»

Este ejemplo nos muestra claramente cómo, lejos de desanimarnos al vernos tentados, hemos de experimentar consuelo y hasta regocijarnos, puesto que solamente son tentados con porfía aquellos de los cuales el demonio prevé que con su manera de vivir habrían de ganar el cielo. Por otra parte, H. M., hemos de quedar persuadidos de que es imposible querer agradar a Dios y salvar el alma sin ser tentados. Mirad a Jesucristo:

El, que era la misma santidad, después de haber ayunado cuarenta días con sus noches, también fué tentado y arrebatado dos veces por el demonio (1).

Yo no sé, H. M., si alcanzáis a comprender lo que es tentación. No sólo son tentación los pensamientos de impureza, de odio, de venganza, sino además todas las molestias que nos sobrevengan : tales como una enfermedad en que nos sentimos movidos a quejarnos ; una calumnia que se nos levanta ; una injusticia que se hace contra nosotros ; una pérdida de bienes, el morirsenos el padre, la madre, un hijo. Si nos sometemos gustosos a la voluntad de Dios, entonces no sucumbimos a la tentación, pues el Señor quiere que suframos aquello por su amor ; mientras que, por otra parte, el demonio hace cuanto puede para inducirnos a murmurar contra Dios. Mas ved ahora cuáles sean las tentaciones más dignas de temerse y que pierden mayor número de almas de lo que se cree : son los pequeños pensamientos de amor propio, los pensamientos acerca de la propia estimación, los pequeños aplausos para todo cuanto se hace, el gusto que nos causa lo que de nosotros se dice. Reproducimos todo esto infinidad de veces en nuestra mente, nos gusta ver las personas a quienes hemos favorecido, pareciéndonos que ellas lo tienen siempre presente y que forman de nosotros buena opinión ; nos sentimos satisfechos cuando alguien se encomienda en nuestras oraciones ; estamos ávidos de saber si se ha alcanzado lo que para los demás hemos pedido a Dios. Sí, H. M., esta es una de las más rudas tentaciones del demonio ; por esto os digo que debemos vigilar mucho sobre nosotros mismos, pues el demonio es muy astuto ; y tal consideración debe llevarnos a pedir a Dios, todos los días por la mañana, que nos otorgue la gracia de conocer bien cuándo el demonio se acerca a nosotros

(1) Matth., IV.

para tentarnos. ¿Por qué cometemos el mal con tanta frecuencia sin darnos cuenta de nuestros yerros hasta después de cometidos? Pues por no haber por la mañana suplicado a Dios esta gracia, o por habérsela pedido mal.

Finalmente, H. M., digo que hemos de luchar valerosamente, y no cual lo hacemos: decimos que *no* al demonio, mientras le tendemos la mano. Mirad a San Bernardo cuando, estando de viaje y mientras descansaba en su cuarto, fué por la noche a su encuentro una desgraciada mujer para inducirle a pecar; púsose él a gritar, pidiendo auxilio; volvió ella hasta tres veces, mas fué vergonzosamente rechazada por el Santo. Ved lo que hizo San Martiniano, cuando una mujer de mala vida quiso tentarle. Mirad a Santo Tomás de Aquino, a quien se le presentó una joven en su habitación para inducirle a pecar: tomó un tizón encendido y la echó vergonzosamente de su presencia. Ved lo que hizo San Benito, quien, al ser tentado una vez, fué a arrojarle a un estanque helado, y se sumergió hasta la garganta. Otros (1) se revolcaron sobre espinas. Refiérese de un santo (2) que, al ser un día tentado, fué a un pantano donde había muchísimas avispa, las cuales se echaron sobre él y dejaron su cuerpo como cubierto de lepra; al regresar, el superior le conoció sólo por la voz, y le preguntó ¿por qué se había puesto en tal estado? «Es, respondió él, que mi cuerpo quería perder a mi alma: he aquí por qué lo he reducido a tal estado.»

¿Qué debemos sacar en conclusión de todo esto, H. M.? Vedlo aquí: 1.º No hemos de forjarnos la ilusión de que vamos a quedar libres de tentaciones que, de una u otra manera, nos atormenten mientras viva-

(1) San Benito y San Francisco de Asís.

(2) San Macario de Alejandría.

mos ; por consiguiente es preciso combatir hasta la muerte. 2.º Apenas nos sintamos tentados, hemos de recurrir pronto a Dios, y no cesar de pedir su auxilio mientras dure la tentación, puesto que, si el demonio persevera en tentarnos, es siempre con la esperanza de hacernos sucumbir. En tercer lugar, hemos de huir de todo cuanto sea capaz de movernos a tentación, a lo menos en cuanto nos sea posible, y además no perder nunca de vista el hecho de que los ángeles malos fueron tentados una sola vez y de aquella tentación vino su caída en el infierno. Es necesario tener mucha humildad, sin confiar jamás en que, con solas nuestras fuerzas, podamos escaparnos de sucumbir, sino que únicamente ayudados por la gracia divina estaremos exentos de caer. Dichoso, H. M., el que a la hora de la muerte podrá decir como San Pablo : «He combatido mucho, pero, con la gracia de Dios, he vencido ; por esto espero alcanzar la corona de gloria que el Señor otorga al que le ha sido fiel hasta la muerte» (1). Ésta es la gracia que os deseo...

(1) II Timot., IV, 8

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

SOBRE LA LIMOSNA (1)

Date eleemosynam, et ecce omnia munda sunt vobis.

Haced limosnas, y os serán borrados vuestros pecados.

(S. Luc., XI, 41).

¿Qué cosa podremos imaginarnos más consoladora para un cristiano que tuvo la desgracia de pecar, H. M., que el hallar un medio tan fácil de satisfacer a la justicia de Dios por sus pecados? Jesucristo, nuestro divino Salvador, sólo piensa en nuestra felicidad, y no ha despreciado medio para proporcionárnosla. Sí, H. M., por la limosna podemos fácilmente rescatarnos de la esclavitud de los pecados y atraer sobre nosotros y sobre todas nuestras cosas las más abundantes bendiciones del cielo; mejor dicho, H. M., por la limosna podemos librarnos de caer en las penas eternas. ¡Oh, H. M. ! ¡cuán bueno es un Dios que con tan poca cosa se contenta !

H. M., a haberlo querido Dios, todos seríamos iguales. Mas no fué así, pues previó que, por nuestra soberbia, no habríamos resistido a someternos unos a otros. Por esto puso en el mundo ricos y pobres, para que unos a otros nos ayudáramos a salvar nuestras almas. Los pobres se salvarán sufriendo con paciencia su pobreza y pidiendo con resignación el auxilio de los ricos. Los ricos, por su parte, hallarán modo de satisfacer

(1) Este sermón es inédito.

por sus pecados, teniendo compasión de los pobres y aliviándolos en lo posible. Ya veis pues, H. M., cómo de esta manera todos nos podemos salvar. Si es un deber de los pobres sufrir pacientemente la indigencia e implorar con humildad el socorro de los ricos, es también un deber indispensable de los ricos dar limosna a los pobres, sus hermanos, en la medida de sus posibilidades, ya que de tal cumplimiento depende su salvación. Pero será muy aborrecible a los ojos de Dios aquel que ve sufrir a su hermano, y, pudiendo aliviarle, no lo hace. Para animaros a dar limosna, siempre que vuestras posibilidades lo permitan, y a darla con pura intención, solamente por Dios, voy ahora a mostraros: 1.º cuán poderosa sea la limosna ante Dios para alcanzar cuanto deseamos; 2.º cómo la limosna libra, a los que la hacen, del temor del juicio final; 3.º cuán ingratos seamos al mostrarnos ásperos para con los pobres, ya que, al despreciarlos, es al mismo Jesucristo a quien menospreciamos.

I. — Sí, H. M., bajo cualquier aspecto que consideremos la limosna, hallaremos ser ella de un valor tan grande que resulta imposible haceros comprender todo su mérito; solamente el día del juicio final llegaremos a conocer todo el valor de la limosna. Si queréis saber la razón de esto, aquí la tenéis: podemos decir que la limosna sobrepuja a todas las demás buenas acciones, porque una persona caritativa posee ordinariamente todas las demás virtudes.

Leemos en la Sagrada Escritura que el Señor dijo al profeta Isaías: «Vete a decir a mi pueblo que me han irritado tanto sus crímenes que no estoy dispuesto a soportarlos por más tiempo: voy a castigarlos perdiéndolos para siempre jamás». Presentóse el profeta en medio de aquel pueblo reunido en asamblea, y dijo: «Escucha, pueblo ingrato y rebelde, he aquí lo que

dice el Señor tu Dios : Tus crímenes han excitado de tal manera mi furor contra tus hijos, que mis manos están llenas de rayos para aplastaros y perderos para siempre. Ya veis, les dice Isaías, que os halláis sin saber a dónde recurrir ; en vano elevaréis al Señor vuestras oraciones, pues Él se tatará los oídos para no escucharlas ; en vano lloraréis, en vano ayunaréis, en vano cubriréis de ceniza vuestras cabezas, pues Él no volverá a vosotros sus ojos ; si os mira, será en todo caso para *destruiros*. Sin embargo, en medio de tantos males como os afligen, oíd de mis labios un consejo : seguirlo, será de gran eficacia para ablandar el corazón del Señor, de tal suerte que podréis en alguna manera forzarle a ser misericordioso para con vosotros. Ved lo que debéis hacer : dad una parte de vuestros bienes a vuestros hermanos indigentes ; dad pan al que tiene hambre, vestido al que está desnudo, y veréis cómo súbitamente va a cambiarse la sentencia contra vosotros pronunciada». En efecto, en cuanto hubieron comenzado a poner en práctica lo que el profeta les aconsejara, el Señor llamó a Isaías, y le dijo : «Profeta, ve a decir a los de mi pueblo, que me han vencido, que la caridad ejercida con sus hermanos ha sido más potente que mi cólera. Diles que los perdono y que les prometo mi amistad». Oh hermosa virtud de la caridad, ¿eres hasta poderosa para doblegar la justicia de Dios? Mas ¡ay! ¡cuán desconocida eres de la mayor parte de los cristianos de nuestros días! Y ¿a qué es ello debido, H. M.? Proviene de que estamos demasiado aferrados a la tierra, solamente pensamos en la tierra, como si sólo viviésemos para este mundo y hubiésemos perdido de vista, y no los apreciásemos en lo que valen, los bienes del cielo.

Vemos también que los santos la estimaron hasta tal punto la caridad para con los demás, que tuvieron por imposible salvarse sin ella.

En primer término os diré que Jesucristo, que en todo quiso servirnos de modelo, la practicó hasta lo sumo. Si abandonó la diestra de su Padre para bajar a la tierra, si nació en la más humilde pobreza, si vivió en medio del sufrimiento y murió en el colmo del dolor, fué porque a ello le llevó la caridad para con nosotros. Viéndonos totalmente perdidos, su caridad le condujo a realizar todo cuanto realizó, a fin de salvarnos del abismo de males eternos en que nos precipitara el pecado. Durante el tiempo que moró en la tierra, vemos su corazón tan abrasado de caridad, que, al hallarse en presencia de enfermos, muertos, débiles o necesitados, no podía pasar sin aliviarlos o socorrerlos. Y aun iba más lejos: movido por su inclinación hacia los desgraciados, llegaba hasta el punto de realizar en su provecho grandes milagros. Un día, al ver que los que le seguían para oír sus predicaciones estaban sin alimentos, con cinco panes y algunos peces alimentó, hasta saciarlos, a cuatro mil hombres sin contar a los niños y a las mujeres; otro día alimentó cinco mil. No se detuvo aún aquí. Para mostrarles cuánto se interesaba por sus necesidades, dirigióse a sus apóstoles, diciendo con el mayor afecto y ternura: «Tengo compasión de ese pueblo que tantas muestras de adhesión me manifiesta; no puedo resistir más: voy a obrar un milagro para socorrerlos. Temo que, si los despido sin darles de comer, van a morir de hambre por el camino. Haced que se sienten; distribuidles estas pocas provisiones; mi poder suplirá a su insuficiencia» (1). Quedó tan contento con poderlos aliviar, que llegó a olvidarse de sí mismo. ¡Oh, virtud de la caridad, cuán bella eres, cuán abundantes y preciosas son las gracias que traes aparejadas! Hasta vemos cómo los santos del Antiguo Testamento parecían prever ya cuán apreciada sería

(1) Matth., XV, 32-38.

del Hijo de Dios esta virtud, y así podemos observar cómo muchos de ellos ponen su dicha y emplean todo el tiempo de su vida en ejercitar tan hermosa y amable virtud. Leemos en la Sagrada Escritura que Tobías, santo varón que había sido desterrado de su tierra por causa de la cautividad de Siria (1), ponía el colmo de su gozo en practicar la caridad para con los desgraciados. Por la mañana y por la noche, distribuía entre sus hermanos pobres todo cuanto tenía, sin reservarse nada para sí. Unas veces se le veía junto a los enfermos exhortándolos a padecer y a conformarse con la voluntad de Dios, y mostrándoles cuán grande iba a ser su recompensa en el cielo; otras veces veíasele desprenderse de sus propios vestidos para darlos a los pobres sus hermanos. Cierto día se le dijo que había fallecido un pobre, sin que nadie se prestase a darle sepultura. Estaba comiendo y se levantó al momento, cargóselo sobre sus hombros y lo llevó al lugar donde tenía que ser sepultado. Cuando creyó llegado el fin de su vida, llamó a su hijo junto al lecho de muerte: «Hijo mío, le dijo, creo que dentro de poco el Señor va a llevarseme de este mundo. Antes de morir tengo que recomendarte una cosa de gran importancia. Prométeme, hijo mío, que la observarás. Da limosna todos los días de tu vida; no desvíes jamás tu vista de los pobres. Haz limosna según la medida de tus posibilidades. Si tienes mucho, da mucho, si tienes poco, da poco, pero pon siempre el corazón en tus dádivas y da además con alegría. Con ello acumularás grandes tesoros para el día del Señor. No olvides jamás que la limosna borra nuestros pecados y preserva de caer en otros muchos. El Señor ha prometido que un alma caritativa no caerá en las tinieblas del infierno, donde no hay ya lugar a la misericordia. No, hijo mío, no desprecies jamás a los pobres, ni ten-

(1) En Asiria.

gas tratos con los que los menosprecian, pues el Señor te perdería. La casa, le dijo, del que da limosna, pone sus cimientos sobre la dura piedra que no se derrumbará nunca, mientras que la del que se resiste a dar limosnas será una casa que caerá por la debilidad de sus cimientos»; con lo cual nos quiere manifestar, H. M., que una casa caritativa jamás será pobre, y, por el contrario, que aquellos que son duros para con los indigentes perecerán junto con sus bienes.

El profeta Daniel nos dice: «Si queremos inducir al Señor a olvidar nuestros pecados, hagamos limosna, y en seguida el Señor los borrará de su memoria». Habiendo el rey Nabucodonosor tenido un sueño que le aterrizó, llamó ante su presencia al profeta Daniel y le suplicó le interpretara aquel sueño. Díjole el profeta: «Príncipe, vais a ser echado de la compañía de los hombres, comeréis hierbas como una bestia, el rocío del cielo mojará vuestro cuerpo y permaneceréis siete años en tal estado, a fin de que reconozcáis que todos los reinos pertenecen a Dios, que los entrega y los quita a quien le place. Príncipe, añadió el profeta, he aquí el consejo que voy a daros: satisfaced por vuestros pecados mediante la limosna, y libraos de vuestras inquietudes mediante las buenas obras que realicéis en favor de los desgraciados». En efecto, el Señor dejóse conmover de tal manera por las limosnas y por todas las buenas obras que hizo el rey en favor de los pobres, que le devolvió el reino y le perdonó sus pecados (1).

Vemos también que, en los primeros tiempos del cristianismo, parecía que los fieles solamente se com-

(1) El libro de Daniel no habla de que Nabucodonosor hiciera limosnas y buenas obras, sino solamente de que, después de los siete años de castigo predichos por el profeta, el rey elevó sus ojos al cielo, bendijo al Altísimo y exaltó su eterna omnipotencia, y entonces recobró el sentido y fué repuesto en su reino (Dan., IV).

placían en poseer bienes para tener el gusto de entregarlos a Jesucristo en la persona de los pobres; leemos en los Actos de los Apóstoles que su caridad era tan grande, que nada querían poseer en particular. Muchos vendían sus bienes para dar el dinero a los indigentes (1). Nos dice San Justino: «Mientras no tuvimos la dicha de conocer a Jesucristo, siempre estábamos con el temor de que el pan nos faltase; mas desde que tenemos la suerte de conocerle, ya no amamos las riquezas. Si nos reservamos algunas, es para hacer participantes de ellas a nuestros hermanos pobres; y ahora que sólo buscamos a Dios, vivimos mucho más contentos».

Escuchad lo que el mismo Jesucristo nos dice en el Evangelio: «Si dais limosnas, yo bendeciré vuestros bienes de un modo especial. Dad, nos dice, y se os dará; si dais en abundancia, se os dará también en abundancia» (2). El Espíritu Santo nos dice por boca del Sabio: «¿Queréis haceros ricos? Dad limosna, ya que el seno del indigente es un campo tan fértil que rinde ciento por uno» (3). San Juan, conocido con el sobrenombre de «el Limosnero», por razón de la gran caridad que por los pobres sentía, nos dice que cuanto más daba, más recibía: «Un día, refiere él, encontré a un pobre sin vestido, y le entregué el que yo llevaba. En seguida una persona me facilitó medios con que proporcionarme muchos». El Espíritu Santo nos dice que quien desprecie al pobre será desgraciado todos los días de su vida (4).

El santo rey David nos dice: «Hijo mío, no permitas que tu hermano muera de miseria si tienes algo para darle, ya que el Señor promete una abundante ben-

(1) Act., II, 44-45.

(2) Luc., VI, 38.

(3) Prov., XXIX, 15.

(4) Ibid., XVII, 5.

dición al que alivie al pobre, y El mismo atenderá a su conservación» (1). Y añade después, que a aquellos que sean misericordiosos para con los pobres, el Señor los librará de tener desgraciada muerte (2). Vemos de ello un ejemplo elocuente en la persona de la viuda de Sarepta. El Señor enviola el profeta Elías para que la socorriese en su pobreza, mientras dejó que todas las viudas de Israel padeciesen los rigores del hambre. ¿Queréis saber la razón de ello? «Es porque — dice el Señor a su profeta — ella había sido caritativa todos los días de su vida.» Y el profeta dijo a la viuda: «Tu caridad te mereció una muy especial protección de Dios; los ricos, con todo su dinero, perecerán de hambre; mas ya que fuiste tan caritativa para con los pobres, serás aliviada, pues tus provisiones no disminuirán hasta que termine el hambre general» (3).

II. — Hemos dicho, en segundo lugar, que aquellos que habrán practicado la limosna, no temerán el juicio final. Es muy cierto que aquellos momentos serán terribles: el profeta Joel lo llama el día de las venganzas del Señor, día sin misericordia, día de espanto y desesperación para el pecador (4). «Mas, nos dice este Santo, ¿queréis que aquel día deje de ser para vosotros de desesperación y se convierta en día de consuelo? Dad limosna y podéis estar tranquilos.» Otro santo nos dice: «Si no queréis temer el juicio, haced limosnas y seréis bien recibidos por parte de vuestro juez». Después de esto, H. M., ¿no podremos decir que nuestra salvación depende de la limosna? En efecto, Jesucristo, al anunciar el juicio a que nos

(1) *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem: in die mala liberabit eum Dominus (Ps. XI, 1).*

(2) *Ps. CXI, 7.*

(3) *III Reg., XVII.*

(4) *Joel., II, 2.*

habrá de someter, habla únicamente de la limosna, y de que dirá a los buenos : «Tuve hambre, y me disteis de comer ; tuve sed, y me disteis de beber ; estaba desnudo, y me vestisteis ; estaba encarcelado, y me visitasteis. Venid a poseer el reino de mi Padre, que os está preparado, desde el principio del mundo». En cambio, dirá a los pecadores : «Apartaos de mí, malditos : tuve hambre, y no me disteis de comer ; tuve sed, y no me disteis de beber ; estaba desnudo, y no me vestisteis ; estaba enfermo y encarcelado, y no me visitasteis». «Y ¿ en qué ocasión, le dirán los pecadores, dejamos de practicar para con Vos todo lo que decís?» «Cuantas veces dejasteis de hacerlo con los ínfimos de los míos que son los pobres» (1). Ya veis, pues, H. M., cómo todo el juicio versa sobre la limosna.

¿ Os admira esto tal vez? Pues, H. M., no es ello difícil de entender. Esto proviene de que quien está adornado del verdadero espíritu de caridad, sólo busca a Dios y no quiere otra cosa que agradarle, posee todas las demás virtudes en un alto grado de perfección, según vamos a ver ahora. No cabe duda que la muerte causa espanto a los pecadores y hasta a los más justos, a causa de la terrible cuenta que habremos de dar a Dios, quien en aquel momento no dará lugar a la misericordia. Este pensamiento hacía temblar a San Hilarión, el cual por espacio de más de setenta años estuvo llorando sus pecados ; y a San Arsenio, que había abandonado la corte del emperador para dejar consumir su vida entre dos peñas y allí llorar sus pecados hasta el fin de sus días. Cuando pensaba en el juicio, temblaba todo su cuerpo achacoso. El santo rey David, al pensar en sus pecados, exclamaba : « ¡ Ah ! Señor, no os acordéis más de mis pecados ». Y nos dice además : « Repartid limosnas con vuestras riquezas y no teme-

(1) Matth., XXV.

réis aquel momento tan espantoso para el pecador». Escuchad al mismo Jesucristo cuando nos dice: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (1). Y en otra parte habla así: «De la misma manera que tratareis a vuestro hermano pobre, seréis tratados» (2). Es decir, que si habéis tenido compasión de vuestro hermano pobre, Dios tendrá compasión de vosotros.

Leemos en los Hechos de los Apóstoles que en Joppe había una viuda muy buena que acababa de morir. Los pobres corrieron en busca de San Pedro para rogarle la resucitara; unos le presentaban los vestidos que les había hecho aquella buena mujer, otros le mostraban otra dádiva (3). A San Pedro se le escaparon las lágrimas: «El Señor es demasiado bueno, les dijo, para dejar de concederos lo que le pedís». Entonces acercóse a la muerta, y le dijo: «Levántate, tus limosnas te alcanzan la vida por segunda vez». Ella se levantó, y San Pedro la devolvió a sus pobres. Y no serán solamente los pobres, H. M., los que rogarán por vosotros, sino las mismas limosnas, las cuales vendrán a ser como otros tantos protectores cerca del Señor que implorarán benevolencia en vuestro favor. Leemos en el Evangelio que el reino de los cielos es semejante a un rey que llamó a sus siervos para que rindiesen cuentas de lo que le debían. Presentóse uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué

(1) Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur (Matth., V, 7).

(2) In qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis (Ibid., VII, 2).

(3) El santo párroco parece indicar que San Pedro hallábase ya en Joppe. Según los Hechos (cap. IX), San Pedro estaba en una ciudad vecina a Joppe, en Lydda, donde dos mensajeros enviados por los fieles de Joppe, fueron a rogarle se trasladase a esta última ciudad para resucitar a la santa viuda llamada Tabhita. Entonces San Pedro los siguió, y en tal ocasión fué cuando le presentaron los vestidos confeccionados por Tabhita, y él volvió a llamar a la vida a aquella bienhechora de los pobres.

pagar, el rey mandó encarcelarle junto con toda su familia hasta que hubiese pagado cuanto le debía. Mas el siervo arrojóse a los pies de su señor y le suplicó por favor que le concediese algún tiempo de espera, que le pagaría tan pronto como le fuese posible. El señor, movido a compasión, le perdonó todo cuanto le debía. El mismo siervo, al salir de la presencia de su señor, encontróse con un compañero suyo que le debía cien dineros, y, abalanzándose a él, le sujetó por la garganta y le dijo: «Devuélveme lo que me debes». El otro le suplicó que le concediese algún tiempo para pagarle; mas él no accedió, sino que hizo meterle en la cárcel hasta que hubiese pagado. Irritado el señor por una tal conducta, le dijo: «Servidor malvado, ¿por qué no tuviste compasión de tu hermano como yo la tuve de ti?» (1).

Ved, H. M., cómo tratará Jesucristo en el día del juicio a los que se habrán manifestado bondadosos y misericordiosos para con sus hermanos los pobres, representados por la persona del deudor; ellos serán objeto de la misericordia del mismo Jesucristo; mas a los que habrán sido duros y crueles para con los pobres les acontecerá como a ese desgraciado, a quien el Señor, que es Jesucristo, mandó fuese atado de pies y manos y arrojado después a las tinieblas exteriores, donde sólo hay llanto y rechinar de dientes. Ya veis, H. M., cómo es imposible que se condene una persona verdaderamente caritativa.

III. — En tercer lugar, H. M., la razón que debe inducirnos a dar limosnas de todo corazón y con alegría, es el pensar que las damos al mismo Jesucristo. Leemos en la vida de Santa Catalina de Sena que, al encontrarse una vez con un pobre, le dió una cruz;

(1) Matth., XVIII.

en otra ocasión, dió su ropa a una pobre mujer. Algunos días después, apareciósele Jesucristo, y le manifestó haber recibido aquella cruz y aquella ropa que ella había puesto en manos de sus pobres, y que le habían complacido tanto que esperaba el día del juicio para mostrar aquellos presentes a todo el universo. San Juan Crisóstomo nos dice : «Hijo mío, da un mendrugo de pan a tu hermano pobre, y recibirás el paraíso ; da un poco, y recibirás mucho ; da los bienes perecederos, y recibirás los bienes eternos. Por los presentes que hicieres a Jesucristo en la persona de los pobres, recibirás una recompensa eterna ; da un poco de tierra, y recibirás el cielo». San Ambrosio nos dice que la limosna es casi un segundo bautismo y un sacrificio de propiciación que aplaca la cólera de Dios y nos ayuda a hallar gracia delante de El. Sí, H. M., y es tan cierto esto, que cuando damos algo, es al mismo Dios a quien lo damos.

Leemos en la vida de San Juan de Dios que un día encontróse con un pobre totalmente cubierto de llagas, y se hizo cargo de él para conducirlo al hospital que el Santo había fundado para albergar a los pobres. Una vez llegado allí, al lavarle los pies para colocarle después en su lecho, vió que los pies del pobre estaban agujereados. Admiróse el Santo, y alzando los ojos, reconoció al mismo Jesucristo, que se había transformado en la figura de un pobre para excitar su compasión. Y entonces el Señor le dijo : «Juan, estoy muy contento al ver el cuidado que te tomas por los míos y por los pobres.» En otra ocasión, halló a un niño muy miserable ; cargósele sobre sus hombros, y, al pasar cerca de una fuente, suplicó el niño que le bajase, pues estaba sediento y quería beber agua. Vió también que era el mismo Jesucristo, el cual le dijo : «Juan, lo que haces con mis pobres es cual si a mí lo hicieses».

Son tan agradables a Dios los servicios prestados a

los pobres y enfermos, que muchas veces se vió bajar a los ángeles del cielo para ayudar a San Juan a servir a sus enfermos con sus propias manos, los cuales desaparecieron después.

Leemos en la vida de San Francisco Javier que, yendo a predicar en un país de gentiles, halló en su camino a un pobre totalmente cubierto de lepra, y le dió limosna. Cuando hubo andado algunos pasos, arrepintióse de no haberle abrazado para manifestarle cuán de veras sentía sus penas. Volvióse para mirarle, y no vió a nadie: era un ángel que había tomado la forma de pobre. Decidme, ¡qué pesar espera en el día del juicio a aquellos que habrán abandonado y despreciado a los pobres, cuando Jesucristo les muestre cómo es a El mismo a quien hicieron la injuria! Mas también, H. M., ¡cuál será la alegría de aquellos que verán que todo el bien que hicieron a los pobres, es al mismo Jesucristo a quien lo hicieron! «Sí, les dirá Jesucristo, era a mí a quien fuisteis a visitar en la persona de ese pobre; era a mí a quien prestasteis tal servicio; aquella limosna que repartisteis en la puerta de vuestra casa, era a mí a quien la disteis.»

Es tan cierto todo esto, H. M., que se refiere en la historia que un santo Papa (1), todos los días sentaba a su mesa a doce pobres, en honor de los doce apóstoles. Viendo que un día había trece, preguntó al que estaba encargado de introducirlos por qué razón había trece, y no doce como le había encomendado. «Padre Santo, le dijo su administrador, yo no veo más que doce.» Mas él veía siempre trece. Preguntó entonces a sus comensales si veían doce o trece, y le contestaron que sólo veían doce. Después de la comida, tomó de la mano al que hacía trece: lo había distinguido, porque notó que de tiempo en tiempo cam-

(1) San Gregorio Magno.

biaba de color; condújole a sus habitaciones, y le preguntó quién era. Respondióle aquel hombre, que era un ángel que había tomado la figura de pobre; díjole también que ya había recibido de él una limosna cuando era religioso, y que Dios, en vista de su caridad, le había hecho encargo de que le guardase durante toda su vida, y le hiciese conocer cuanto debía practicar para portarse rectamente y procurar en todo el bien de su alma y la salvación de su prójimo. Ya veis, H. M., hasta qué punto recompensa Dios la caridad.

¿No nos autoriza todo esto para afirmar que nuestra salvación está íntimamente ligada con la limosna?

Ved lo que sucedió a San Martín yendo de camino. Encontró a un pobre en extremo miserable, cuya situación le conmovió tanto que, no teniendo con qué socorrerle, cortó la mitad de su capa y se la entregó. A la noche siguiente, apareciósele Jesús cubierto con aquella media capa de que se había desprendido, rodeado de una gran corte de ángeles, y le dijo: «Martín, que es todavía catecúmeno, me ha dado la mitad de su capa» (aunque San Martín se la había dado a un pobre viandante). No, H. M., no hallaremos ningún linaje de acciones en atención a las cuales haga Dios tantos milagros como a favor de las limosnas. Refiérese que, en cierta ocasión, un caballero halló a un pobre miserable y conmovióse tanto ante su miseria que llegó a derramar lágrimas. No tuvo necesidad de otras excitaciones para despojarse de su ropa exterior y dársela al pobre. Algunos días después, supo que el pobre había vendido aquel vestido, de lo cual tuvo pena el caballero. Estando en oración, decía a Jesús: «Dios mío, veo muy bien que no era merecedor ese pobre de llevarse mi vestido». Nuestro Señor apareciósele entonces sosteniendo aquel vestido en sus manos y le dijo: «¿Reconoces esta vestidura?» El caballero exclamó: «Ah, Dios mío, es

la misma que di al pobre». — «Ya ves, pues, cómo no se ha perdido, y cómo realmente me complaciste al entregármela en la persona de aquel indigente.»

Nos cuenta San Ambrosio que, mientras daba limosna a varios pobres, se encontró un día con un ángel mezclado entre ellos: el cual recibió la limosna sonriendo y desapareció. De una persona caritativa, por miserable que ella sea, podemos afirmar, H. M., que se pueden concebir grandes esperanzas de que se salvará. Leemos en los Hechos de los Apóstoles que, después de la Resurrección, Jesucristo aparecióse a San Pedro y le dijo: «Vete al encuentro del centurión Cornelio, pues sus limosnas han llegado hasta mí; ellas le merecieron su salvación». Fué San Pedro a ver a Cornelio, al cual halló en oración, y le dijo: «Tus limosnas han sido tan agradables a Dios, que El me envía para anunciarte el reino de los cielos, y para bautizarte» (1). Ya veis, H. M., cómo las limosnas del centurión fueron causa de que él y toda su familia fuesen bautizados.

Mas ved un ejemplo que os mostrará cuánto poder tiene la limosna para detener la justicia de Dios. Refiérese en la historia que el emperador Zenón tenía gran satisfacción en socorrer a los pobres, mas también era muy sensual y libertino, hasta el punto de haber raptado a la hija de una dama honesta y virtuosa y abusado de ella con gran escándalo del pueblo. Aquella pobre madre, desconsolada casi hasta la desesperación, iba con frecuencia al templo de Nuestra Señora a llorar los ultrajes que contra su hija se cometían: «Virgen Santísima, le decía ella, ¿no sois por ventura el refugio de los miserables, el asilo de los afligidos y la protectora de los débiles? ¿Cómo permitís, pues, esa opresión tan injusta, ese deshonor que cae sobre mi familia?» La Virgen Santísima se le apareció, y le

(1) Act., X.

dijo : «Has de saber, hija mía, que, desde hace mucho tiempo, mi Hijo habría tomado venganza de la injuria que se os hace ; mas ese emperador tiene una mano que sujeta a la de mi Hijo y detiene el curso de su justicia. Las limosnas que en gran abundancia reparte, le han preservado hasta el presente de recibir el merecido castigo»).

Ya veis, H. M., cuán poderosa es la limosna para impedir que el Señor nos castigue a pesar de hacernos repetidamente merecedores de ello. San Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría, nos refiere un ejemplo muy notable que le aconteció a él mismo. Dice el Santo que un día vió un grupo de pobres sentados, tomando el sol para mitigar los rigores del invierno ; se ocupaban en referirse mutuamente las casas cuyos moradores daban limosna y aquellas donde se les daba de mala gana o donde no recibían nunca nada. Hubieron de hablar de la casa de un mal rico que nunca les había dado la más insignificante limosna ; hablaban muy mal de él, cuando se levantó uno entre ellos y dijo que, si querían apostar algo, él iría a pedir limosna, con la seguridad de que algo recibiría.

Los demás le dijeron que no tenían inconveniente en apostar, mas que estuviese enteramente seguro de que nada iba a recibir, antes bien sería rechazado ; no habiendo dado nunca nada, no querría empezar entonces a desprenderse de algo. Mientras le aguardaban juntos, fué aquél a encontrar al rico y con gran humildad le pidió quisiese darle algo en nombre de Jesucristo. El rico se enfureció en gran manera, y no hallando a mano ninguna piedra para echársela encima, y viendo a su criado que venía de casa el panadero a hacer provisión de pan para sus perros, tomó un pan con gran furia y se lo arrojó a la cabeza. El pobre, con el ánimo de ganar la apuesta hecha con sus compañeros, corrió con presteza a recogerlo y lo llevó a sus ca-

maradas como prueba de que aquel rico le había dado una buena limosna (1).

Dos días después, aquel rico cayó enfermo, y estando ya a punto de morir, parecióle ver en sueños que estaba ante el tribunal de Dios para ser juzgado. Le pareció ver cómo alguien presentaba una balanza donde pesar el bien y el mal. Vió que a una parte estaba Dios, y al otro lado el demonio que cuidaba de presentar todos los pecados que en su vida había cometido, los cuales eran en gran número. El ángel de la guarda no tenía nada para poner en su platillo de la balanza; no acertaba a ver ni una buena acción que pudiera servir de contrapeso. Dios le preguntó qué es lo que tenía que poner en el lado que le correspondía. El ángel bueno, muy triste por no tener nada, le dijo llorando: «¡Ay! Señor, no hay nada». Mas Jesucristo le dijo: «¿Y aquel pan que arrojó a la cabeza de aquel pobre? Ponlo en la balanza y él aligerará el peso de sus pecados». En efecto, colocó el ángel aquel pan en la balanza, y ella se cayó de aquel lado. Entonces el ángel miró al rico y le dijo: «Miserable, a no ser por este pan, ibas a ser echado al infierno; ve a practicar cuantas penitencias te sean posibles y da a los pobres cuanto posees, sin lo cual habrás de condenarte». Al despertarse, se fué al encuentro de San Juan el Limosnero, contóle aquella visión y toda su vida, llorando amargamente su ingratitud para con Dios, de quien había recibido cuanto poseía, y su dureza para con los pobres, y dijo: «¡Ah! padre mío, si un solo pan dado

(1) La vida de San Juan el Limosnero refiere algunos detalles en otra forma: 1.º el pobre, temiendo enojar al rico, no dijo nada para implorar limosna, mas su humilde continente decía bien a las claras lo que deseaba; 2.º el rico vió venir de la panadería el mulo cargado de pan *excelente*, destinado a su mesa, «animal portans silignes a mancipio, caussa prandii ipsius.» No era, pues, destinado a los perros. Véase *Act. SS.*, t. III, 30 jan., Vita s. Joan. Eleemosyn., p. 119 y 137. La historia llama a este rico «San Pedro el Publicano».

de mala gana a un pobre, me saca de las garras del demonio, ¡ cuán propicio puedo hacerme a Dios dándole todos mis bienes en la persona de los pobres !» Y llegó a tal extremo en sus resoluciones, que, al hallarse con un pobre, si no llevaba nada, quitábase el vestido y lo cambiaba con el del pobre ; empleó el resto de su vida en llorar sus pecados, dando a los pobres cuanto poseía.

¿ Qué decís, H. M., a todo esto ? ¿ Verdad que nunca os habíais formado cabal concepto de la magnitud de la limosna ?

Mas aquel hombre aun llegó a más. Vais a verle cómo, al pasar por una calle, se encontró con un criado que en otro tiempo había estado a su servicio ; sin miedo al respeto humano ni a nada, le dijo : « Amigo mío, tal vez no te retribuí bastante las molestias que te causé al estar a mi servicio ; hazme un favor : condúceme a la ciudad, y allí me venderás como esclavo, a fin de que quedes indemnizado del perjuicio que te hubiera podido causar no dándote salario suficiente». El criado le vendió por treinta dineros. Rebosante de alegría por verse reducido al último grado de pobreza, servía a su señor con increíble gusto ; lo cual causaba tanta envidia a los demás esclavos, que le despreciaban, y le golpeaban a menudo. Nunca se le vió abrir la boca para quejarse. Habiendo observado el señor los tratos de que era objeto su esclavo predilecto, reprendió duramente a los demás por tratarle de tal suerte. Llamó después al rico convertido, cuyo nombre ignoraba aún, y le preguntó quién era y cuál fuese su condición. El rico le refirió cuanto le había acontecido, lo cual conmovió en gran manera al señor, quien era nada menos que el mismo emperador, que se puso a derramar abundantes lágrimas, convirtióse sin tardanza y empleó su vida repartiendo cuantas limosnas le era posible. Decidme : ¿ habéis ahora penetrado la excelsitud del mérito de la limosna, y cuán provechosa sea ella

para el que la hace? H. M., de la limosna y de la devoción a la Santísima Virgen os diré que es imposible que se pierda quien las practica de corazón. No nos extrañemos, pues, H. M., de que esta virtud haya sido común a los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Sé muy bien, H. M., que el hombre de corazón duro es avaro e insensible a las miserias del prójimo; hallará mil excusas para no tener que dar limosna. Así, algunos de vosotros me diréis: «Hay pobres que son buenos, pero hay otros que *no valen nada*: unos gastan en las tabernas lo que se les da; otros lo disipan en el juego o en glotonerías». Esto es muy cierto, muy pocos son los pobres que emplean bien los dones que reciben de manos de los ricos, lo cual demuestra que son muy pocos los pobres buenos. Unos murmuran de su pobreza, cuando no se les da tanto como ellos quisieran; otros envidian a los ricos, hasta los maldicen, y les desean que Dios les haga perder sus riquezas, a fin, dicen ellos, de que aprendan lo que es la miseria. Convengamos en que todo esto está muy mal; tales gentes son precisamente lo que se llaman malos pobres. Pero a todo esto sólo he de contestar con una palabra: y es que esos pobres a quienes recrimináis porque malgastan las limosnas, porque no se portan bien, porque sufren una pobreza buscada, no os piden la limosna en nombre propio, sino en el de Jesucristo. Que sean buenos o malos, poco importa, ya que es al mismo Jesucristo a quien entregáis vuestra limosna, según acabamos de ver en lo que hemos dicho anteriormente. Es, pues, el mismo Jesucristo quien os recompensará.

Pero, me diréis, éste es un mal hablado, un vengativo, un ingrato. — Mas, amigo mío, esto no te afecta a ti: ¿tienes con qué dar limosna en nombre de Jesucristo, con la mira de agradar a Jesucristo, de satisfacer

por tus pecados? Deja a un lado todo lo demás; tú tienes que entendértelas con Dios; queda tranquilo; tus limosnas no se perderán, aunque vayan a parar en los malos pobres que tanto desprecias. Además, amigo mío, aquel pobre que te escandalizó, que aun no hace ocho días sorprendiste abusando del vino o metido en cualquier otro desorden, ¿quién te dice que a estas horas no esté ya convertido, y sea ya agradable a Dios? ¿Quieres saber, amigo mío, por qué hallas tantos pretextos para eximirte de la limosna? Escucha lo que voy a decirte, que en ello habrás de reconocer la verdad, si no en estos momentos, a lo menos a la hora de la muerte: es que la avaricia ha echado raíces en tu corazón; arranca esa maldita planta, y hallarás gusto en dar limosna; quedarás contento al hacerla, cifrarás en ello tu alegría. — ¡Ah, dirás, cuando me hace falta algo, nadie me da nada—¿Nadie te da nada? ¡Ah! amigo mío, ¿de quién procede todo cuanto tienes? ¿No viene de la mano de Dios que te lo dió, con preferencia a tantos otros que son pobres y no tan pecadores como tú? Piensa, pues, en Dios, amigo mío... Si quieres dar algo con creces, dalo; de este modo te cabrá la dicha de satisfacer por tus pecados haciendo bien al prójimo.

¿Sabéis, H. M., por qué nunca tenemos algo para dar a los pobres, y por qué nunca estamos satisfechos con lo que poseemos? No tenéis con qué hacer limosna, pero bien tenéis con qué comprar tierras; siempre estáis temiendo que la tierra os falte. ¡Ah! amigo mío, deja llegar el día en que tengas tres o cuatro pies de tierra sobre tu cabeza, entonces podrás quedar satisfecho. ¿No es verdad, padre de familia, que no tienes con qué dar limosna, pero lo posees abundante para comprar fincas? Di mejor, que poco te importa salvarte o condenarte, con tal de satisfacer tu avaricia. Te gusta aumentar tus caudales, porque los ricos son hon-

rados y respetados, mientras que a los pobres se les desprecia. ¿No es verdad, madre de familia, que no tienes nada para dar a los pobres, pero es porque has de comprar objetos de vanidad para tus hijas, has de comprarles pañuelos con encajes, han de llevar bien adornado el cuello y el pecho, has de regalarles pendientes, cadenas, una gargantilla? — ¡Ah! me dirás, aunque les haga llevar todo esto, que es necesario, no pido nada a nadie; no puede V. enojarse por ello — Madre de familia, yo te digo ahora esto porque viene a tono, para que en el día del juicio tengas bien presente que te lo advertí: no pides nada a nadie, es verdad; mas debo decirte que no resultas menos culpable, tan culpable como si, yendo de camino, hallases a un pobre y le quitases el poco dinero que lleva. — ¡Ah! me diréis, si gasto este dinero para mis hijos, sé muy bien lo que me cuesta — Mas yo te diré también, aunque no me hagas caso, que a los ojos de Dios eres culpable, y esto es suficiente para perderte. — Me preguntarás: ¿Por qué razón? — Amigo mío, porque tus bienes no son más que un depósito que Dios ha puesto en tus manos; fuera de lo necesario para tu sustento y el de tu familia, lo demás es de los pobres. ¡Cuántos hay que tienen atesorada gran cantidad de dinero, al paso que tantos pobres mueren de hambre! ¡Cuántos otros poseen gran abundancia de vestidos, mientras muchos pobres padecen frío! ¿Es que, amigo mío, no estás en condiciones, no tienes con qué hacer limosna, puesto que sólo dispones de tu salario? Si quisieras, tendrías fácilmente algo que dar a los pobres; bien tienes para llevar tus hijas a la condenación, bien tienes con qué ir al café, a la taberna, al baile. — Me dirás, empero: Nosotros somos pobres; apenas tenemos lo necesario para vivir. — Amigo mío, si el día de la fiesta mayor no gastases tan superfluamente, algo te quedaría para los pobres. ¡Cuántas veces habrás ido a Villafranca,

a Montmerle (1) o a otras partes solamente para recrearte sin tener nada que hacer allí! No ahondemos más, bastante clara está la verdad: no vamos a fastidiaros con enumeraciones prolijas. ¡Ay, H. M.! si los santos hubiesen obrado como nosotros, tampoco habrían hallado con qué dar limosna; mas ellos sabían muy bien cuán necesaria les era para su santificación, y ahorran cuanto les era posible a tal objeto, y así disponían siempre de algunas reservas. Por otra parte, H. M., la caridad no se practica sólo con el dinero. Podéis visitar a un enfermo, hacerle un rato de compañía, prestarle algún servicio, arreglarle la cama, prepararle los remedios, consolarle en sus penas, leerle algún libro piadoso.

No obstante, en honor de la verdad, hay que reconocer que sentís generalmente inclinación a socorrer a los desgraciados, y os compadecéis de sus miserias. Mas veo también cómo son contados los que dan la limosna en forma adecuada para hacerse acreedores a una espiritual recompensa, según vais a ver: unos lo hacen a fin de ser tenidos por personas de bien; otros, por sentimentalismo, porque se sienten conmovidos ante las miserias ajenas; otros, para que se los aprecie, se les diga que son buenos y sea alabada su manera de vivir; tal vez hasta algunos para que se les pague con algún servicio, o en espera de algún favor. Pues bien, H. M., todos esos que, al dar limosnas, tienen únicamente tales miras, carecen de las cualidades necesarias para hacer que la caridad sea meritoria. Hay quienes tienen sus pobres predilectos a los cuales les darían cuanto poseen; mas para los otros muestran un corazón cruel. Portarse así, H. M., no es más que obrar como los gentiles, los cuales, a pesar de todas sus buenas obras, no lograrán su salvación.

(1) Alusiones locales del santo autor. (N. del Tr.).

Mas, pensaréis vosotros, ¿cómo debe hacerse la limosna para que sea meritoria? Atended bien, H. M., en dos palabras voy a decíroslo: en todo el bien que hacemos a nuestro prójimo, hemos de tener como objetivo el agradar a Dios y salvar nuestra alma. Cuando vuestras limosnas no vayan acompañadas de estas dos intenciones, la buena obra resultará perdida para el cielo. Esta es la causa por qué serán tan escasas las buenas obras que nos acompañen en el tribunal de Dios, pues las realizamos de una manera tan humana. Nos complace que se nos agradezcan, que se hable de ellas, que se nos devuelvan con algún favor, y hasta nos gusta hablar de nuestras buenas acciones para manifestar que somos caritativos. Tenemos nuestras preferencias; a unos les damos sin medida, mas a otros nos negamos a darles nada, antes bien los despreciamos.

Cuando no queramos o no podamos socorrer a los indigentes, cuidemos, H. M., de no despreciarlos, pues es al mismo Jesucristo a quien despreciamos. Lo poco que damos, démoslo de corazón, con la mira de agradar a Dios y de satisfacer por nuestros pecados. El que tiene verdadera caridad no guarda preferencias de ninguna clase, lo mismo favorece a sus amigos que a sus enemigos, con igual diligencia y alegría da a unos que a otros (1). Si alguna preferencia hubiésemos de tener, sería para con los que nos han dado algún disgusto. Esto es lo que hacía San Francisco de Sales. Algunos, cuando han favorecido a alguien, si los favorecidos les causan después algún disgusto, en seguida les echan en cara los servicios que les prestaron. Con esto os engañáis, ya que así perdéis toda recompensa. ¿No sabéis que aquella persona os ha implorado caridad en nombre de Jesucristo, y que vosotros la

(1) Véase la nota de la pág. 238.

habéis socorrido para agradar a Dios y satisfacer por vuestros pecados? El pobre no es más que un instrumento del cual Dios se sirve para impulsaros a obrar bien. Ved todavía otro lazo que el demonio os tenderá con frecuencia, y con el cual sorprende a muchas almas: consiste en representar nuestras buenas acciones ante nuestra mente, para que nos gocemos en ellas, y así, de este modo, hacernos perder la recompensa a que nos hicimos acreedores. Así pues, cuando el demonio nos pone delante tales consideraciones, hemos de apartarlas presto como un mal pensamiento.

¿Qué debemos sacar de todo esto, H. M.? Vedlo: que la limosna es de gran mérito a los ojos de Dios, y tan poderosa para atraer sobre nosotros sus misericordias, que parece cómo si asegurase nuestra salvación. Mientras estamos en este mundo, es preciso hacer cuantas limosnas podamos; siempre seremos bastante ricos, si tenemos la dicha de agradar a Dios y salvar nuestra alma; mas es necesario hacer la limosna con la más pura intención, esto es: todo por Dios, nada por el mundo. ¡Cuán felices seríamos si todas las limosnas que habremos hecho durante nuestra vida nos acompañasen delante del tribunal de Dios para ayudarnos a ganar el cielo! Esta es la dicha que os deseo.